

¡La Comuna Vive!

Edith González y Panagiotis Doulos

Puebla

19 de julio 2020

¿Cómo se caracteriza la situación del 'régimen dominante' hasta diciembre de 2019?

Hasta diciembre de 2019, la prolongación del presente se basaba en la incertidumbre de su realización. Es lo que había venido sucediendo durante las últimas cuatro décadas. La producción de plusvalor se ha vuelto cada vez más difícil porque el trabajo muerto vuelve más superflua a la fuerza de trabajo que le insufla vida. No obstante, cada vez que el capital se “libera” de la fuerza de trabajo humano, mina su propia existencia pues depende de aquélla pero también niega las posibilidades a otro tipo de organización social. Una contratendencia al estallido de la crisis es el aumento del capital ficticio: para los capitalistas como recurso indispensable para el desarrollo de las fuerzas productivas; para la población como recurso de acceso a los medios de subsistencia. El capitalismo parece atrapado en un ciclo fatal en donde el crédito genera más deuda y la deuda más crédito. De este modo, el capital ficticio extiende el presente capitalista hacia el futuro y nos va atando a su tejido mientras cierra las posibilidades de algo nuevo. Pues, el aumento del capital ficticio conlleva al aumento de la violencia en tanto intensificación de la represión estatal, reconfiguración de las sociedades de control, aumento de la desigualdad y la injusticia social, xenofobia, feminicidios, desertificación del planeta, etc.

¿Cómo impactaron esa situación el COVID-19, el 8 de marzo, Floyd?

Con la coronacrisis no vemos un “nuevo estado de excepción” sino la continuidad de un proceso de reconfiguración de las sociedades de control y las tecnologías de disciplina como parte de la dinámica capitalista. La vigilancia digital generalizada, acompañada de multas económicas, la amenaza del uso de la violencia policiaca y otras formas de ejercicio de estrategias disciplinarias revelan esta re-configuración y actualización de las tecnologías violentas del Estado para garantizar la pronta resolución de la crisis y asegurar la continuidad de las relaciones capitalistas. “No puedo respirar” revela la

asfixia generalizante que sienten las y los sujetos que han sido aplastados por la bota del capital. La asfixia que viven los pobres, las minorías étnicas, sexuales y todos las subjetivaciones que están excluidas o negadas. El racismo, los feminicidios, los genocidios y ecocidios no son fenómenos aislados ni la excepción sino la regla que constituye la violencia estructural capitalista. En estos momentos de crisis, sobre todo en estos momentos de confinamiento en el que se impone el distanciamiento social como medida de salvación, la distopía no es una visión del futuro sino su realización en el presente. Sin embargo, aun en estos momentos de crisis se desdobra otra potencialidad: la negación de la distopía. Las movilizaciones que surgieron en diversas ciudades de los Estados Unidos y que se han desbordado por todo el mundo son parte de esta negación. “No puedo respirar” debe entenderse como una consigna de la lucha de todos aquellos que ya no podemos tolerar más esta barbarie en la que vivimos. Un movimiento de negación en un mundo asfixiante que conlleva y aglutina otras posibilidades utópicas. Experimentos sociales que ya se estaban gestando en contra de las medidas de distanciamiento social que fortalecen el individualismo enfermo que impide la colectivización y organización. Las movilizaciones son un *grito* que no solamente dice “no al racismo” inherente a la sociedad capitalista, es un *grito* que niega la verdad dominante. Una verdad basada en el racismo, en el patriarcado y en las relaciones de clase. Frente al cierre y la asfixia que impone la gramática capitalista, la lucha abre el espacio para un mundo más allá de la no-verdad capitalista.

¿De qué relevancia es la Comuna en las luchas actuales?

La luchas del pasado dejan sus huellas para las luchas del presente. A través de las experimentaciones sociales efímeras de la Comuna se generó la visión que otra forma de organización social, la sociedad sin clases y sin Estado, es posible. La comuna ha sido tanto un momento histórico que inspiró la perspectiva marxiana y anarquista como un punto de partida para las luchas del futuro. Mientras el marxismo ortodoxo vio en la comuna la necesidad de tomar el poder para asegurar la revolución, otras perspectivas revolucionarias sostuvieron la necesidad de realizar la revolución aquí y ahora como una negación constante de lo existente, como proyección de la sociedad que queremos. De cierta manera, parece que la comuna se repite en la revolución rusa, la revolución española, el mayo de 68, la emergencia de la lucha zapatista, varios proyectos autónomos y anarquistas, en las rebeldías de presente, etc. Sin embargo, la luchas también escupen al pasado, hacen fiestas en las tumbas de cualquier comuna e intentan de vivir otras formas de experimentación social. Desde nuestra perspectiva, la pregunta no es cuál es la relevancia de la comuna en las luchas actuales. La historia no la hacen los fantasmas del pasado, ¿por qué seguir hablando de la comuna en un presente que ya no es el mismo? ¿De qué manera el concepto de la comuna encierra las luchas en el tiempo del capital? En este sentido, no consideramos a las luchas actuales como una continuidad de la comuna sino como una ruptura con ella.

